

En dicha toma participaron diversos kalpullis y centenares de danzantes concheros. Asistieron asimismo la Comunidad Cultural Flor y Canto Mexicáyotl, el kalpulli de danza In Xochitl in Kuikatl de Polo Rojas y el grupo de danza Calmécac de José Luis Alonso, entre otros. El contingente más numeroso fue el de la “tradición”, donde destacó la participación de los capitanes Andrés Segura del grupo Xinachtli, José González Rodríguez y Eustolia González del grupo Anáhuac, de Xochimilco, “Tata Neto” de la mesa del Santo Niño de Atocha, Ignacio Cortés del grupo Tenoch y Felipe Aranda de Iztapalapa. A pesar de la fuerte oposición de la autoridad, el Zócalo se convierte en un espacio ritual de importancia: la toma es considerada hasta la fecha como una victoria de la lucha mexicanista, que viene a reforzar la idea de que el descubrimiento de las ruinas del Templo Mayor en 1978 constituye un signo de renacimiento cultural.

Estos hechos tienen un impacto considerable dentro de la tradición conchera pues, al desarrollarse ahora en un contexto milenarista, algunos grupos de danzantes se aztequizan definitivamente: en adelante, la danza se ofrecerá a los héroes prehispánicos y a Tonantzin, la Madre Tierra. El ritual conchero comienza a reestructurarse en distintos aspectos: se traducen al náhuatl las alabanzas y las oraciones; a las ánimas conquistadoras se les invocará como guardianes de la tradición; la vestimenta será a la usanza prehispánica, hecha de piel de venado o de tigre, y de manta blanca con un cuaimécatl –cinta roja en la cabeza– y en sus tocados plumas de águila, guacamaya y quetzal. Los nombres de los sones concheros pasan a ser nahuas: